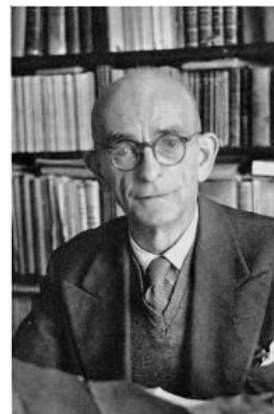


LA SOCIEDAD CASTELLONENSE DE CULTURA

Cuando la vida ya no puede ser para nosotros un proyecto y volvemos la mirada hacia el camino recorrido con ánimo de comprendernos a nosotros mismos, es fácil que cobren especial relieve momentos y personas que de algún modo contribuyeron a hacernos lo que somos: momentos amargos que se relacionan con la insatisfacción que toda vida arroja como saldo al ser recapitulada; momentos luminosos y dulces que representan logros que aún pueden enorgullecernos; personas a las que quisimos y nos quisieron tanto que su pérdida nos dejó sin paz en la soledad de la tierra; otras personas en las que pusimos torpe entusiasmo o confianza y que hoy solo representan para nosotros escollos en los que se desvió nuestra trayectoria más auténtica; y, finalmente, algunas que no medimos en su día en toda su importancia y que pasado el tiempo hemos de considerar como promotores de nuestra formación intelectual. Pues bien, la ocasión es llegada de evocar a una de estas personas para satisfacer en alguna medida nuestra deuda con ella; lo que si constituye un deber de justicia es, además, en cualquier momento, un placer del espíritu.

Esto es lo que voy a hacer ahora con sincera emoción: evocar la figura físicamente pequeña pero moralmente altísima del erudito castellonense don **Luis Revest Corzo** que fue mi primer maestro digno de tal nombre y -fuera del ámbito familiar- la persona que más influiría en mi formación intelectual y moral durante los años de mi adolescencia. Archivero bibliotecario, y más tarde cronista de la ciudad, Revest formaba como profesor auxiliar en el cuadro docente del «Instituto General y Técnico» -segunda enseñanza- de Castellón de la Plana, donde yo cursaría todo el bachillerato. Era la Preceptiva Literaria la materia que el explicaba, pero hay que recordar que Luis Revest era, además, un latinista consumado, un gran profesor de castellano, y un profeso extraordinario del catalán-valenciano en el que escribió muy elegantes poemas de corte horaciano y al que -sirviendo de precursor a los escritores de la Valencia actual metidos de lleno en este empeño- pretendía purificar, librándole de la ganga dialectal, «del valencià d'espardenya», para volverlo decididamente a su cuadro originario¹. Luis era igualmente un investigador que por razones de modestia y de amor a la tierra redujo sus capacidades al ámbito de la erudición local, de la lengua y la historia castellonense o, a lo más, valenciana, renunciando a vuelos científicos más amplios -y de reconocimiento nacional más seguro- para los que estaba admirablemente equipado.



D. Luis Revest Corzo

Basta con lo dicho para explicar cómo Revest hubo de destacar sobre el nivel medio de la plantilla de catedráticos que por aquellos años profesaban en nuestro Instituto de Segunda Enseñanza, en el que, si no faltaban hombres inteligentes y bien preparados, abundaban tipos pintorescos o dominados por la rutina de una enseñanza memorística escasamente formativa y nada estimulante. Recuerdo que el titular de la cátedra de Preceptiva Literaria, don Germán Salinas, pese a ser hombre eminente, había

¹. Esta opinión de Luis Revest en relación con la grave cuestión hoy planteada sobre la lengua -en la que yo no tengo la debida preparación y no puedo por consiguiente opinar nada- tiene que ver con el reconocimiento de la autonomía, la grandeza y profundidad de la cultura valenciana.

cochado tal morbosa pasión por el tratado de «Retórica y Poética», de Coll y Vehí (librito ciertamente primoroso), que nos lo hacía recitar al pie de la letra, con puntos y comas, ejercicio de memorización que obstruía toda posibilidad de acceso a los conceptos expuestos o de despertar en los alumnos la menor inquietud crítica. Sistema lesivo también por desmoralizador, cuando ocurría que muchachos que antes de entrar en clase repetían como papagayos los fragmentos señalados, fracasaban luego, dentro de ella, al ser preguntados porque el temor de fallar una línea rompía sus nervios y obliteraba su mente. Aunque no todos aplicasen con el mismo rigor método tan funesto, la tónica general era ésa y en ese ambiente resultaban para nosotros sorprendentes las lecciones personales, críticas, persuasivas, de Revest que se afanaba ante todo por despertar nuestra tierna curiosidad y enseñarnos a pensar. El efecto era tanto más provechoso e impresionante cuanto que Revest no se limitaba a la acción profesoral ex cátedra sino que continuaba su obra docente llevándonos de paseo con él a los alumnos más interesados y discurrendo con nosotros, peripatéticamente, por los jardines de Ribalta donde nos ponía de manifiesto la endeblez de la cultura académica dominante y se quejaba de la poca ciencia seria que se hacía en España en el dominio de las humanidades, descubriéndonos y ofreciendo a nuestra devoción la que él tenía por tal. Así pudimos conocer, en edad todavía temprana, parte de la obra del insigne catalán Milá y Fontanals y de su genial discípulo don Marcelino Menéndez y Pelayo. Los problemas del idioma, de la literatura, de la historia nacional y de la historia de las ideas, cobraban así vida ante nosotros, preparando nuestras inteligencias para abrazar luego con vocación y exigencia la vida universitaria. Por su cargo oficial de bibliotecario pudo poner en nuestras manos libros interesantes, y sobre todo nos sustrajo a la idea -no muy extendida aún- de que los libros de texto oficiales comprendieran todo el saber sobre la materia que trataban, y que los centros de enseñanza podían ser para nosotros -con ayuda de las bibliotecas- algo más que unas oficinas expedidoras de títulos a cambio de unos hábitos rutinarios de asistencia formal.

También nos comunicó Revest el interés y el respeto que sentía por las lenguas vernáculas, cargadas de tradición. Ya he dicho que él fue cultivador y maestro de la suya, el catalán-valenciano para el que hubiera deseado devolver la limpieza y el esplendor de que dio muestras en Valencia en las proximidades del Renacimiento, cuando perfeccionaban allí el catalán originario poetas como Ausias March o prosistas como Eiximenis y Martorell. Respaldo importante de su docencia activa de esta lengua fueron su *Llengua valenciana. Notes per al seu estudi i conreu*, publicado en 1930, y otros varios opúsculos y trabajos muy cuidados. Esta actitud suya, reclamando respeto para una realidad lingüística que formaba parte importante del patrimonio cultural español, era tanto más convincente y respetable cuanto que no estaba impurificada por ninguna segunda intención política.

Todavía señalaré otra deuda importante por mi contraída con el magisterio de Luis Revest: Era Luis un hombre serio y profundamente religioso, y creo que para quienes fuimos sus discípulos resultó importante ver realizada en él no sólo la compatibilidad sino la armonía entre una actitud intelectual rigurosa y una creencia firme, en una época en que el catolicismo español sufría de un cierto achatamiento intelectual; mientras que otros jóvenes, menos afortunados que nosotros, encontraban frecuentemente su primera revelación intelectual importante unida a actitudes de agnosticismo o apartamiento de la fe tradicional, lo que indudablemente había de llevar a su ánimo no pocas perplejidades y conflictos íntimos. Un hombre de cultura, un

hombre de conducta y un hombre de fe, integrados en una sola persona, no podía dejar de ser para un muchacho joven un ejemplo confortante.

Dicho todo lo que escrito queda, muchos nos hemos preguntado: ¿qué hubiera llegado a ser Luis Revest en el pequeño orbe de la cultura española, si con menos modestia, menos apego al terruño y más ambición mundana, hubiera proyectado sus capacidades de investigador sólido y concienzudo a los ámbitos de Madrid o de Barcelona, donde se concentraba la casi totalidad de nuestra vida intelectual? Hay que creer que quien supo mantenerse brillantemente en unas oposiciones para Archivero frente a contendientes del rango eminente de Claudio Sánchez Albornoz, Antonio Gallego Burín, Lasso de la Vega o Blas Taracena, no hubiese tardado mucho en ocupar una cátedra universitaria y formar en los equipos de investigadores, que por entonces constituían las escuelas de filólogos, críticos e historiadores que tanto enriquecieron nuestra vida intelectual en el primer tercio del siglo.

Nuestro hombre se quedó, sin embargo, con su modestia en Castellón y aunque su obra haya perdido con ello ciertos valores, quizá -puesto que todo es en este mundo relativo- ello engrandezca todavía más su dimensión humana. Porque hacer obra de cultura en Madrid o en Barcelona en momentos de intenso estímulo intelectual, en compañía -o en competencia- de maestros importantes tiene mérito indudable; pero hacer obra rigurosa de cultura en Castellón, con escasa compañía, con pobreza de medios, y ambiente cultural de tertulia, ¡eso sí que es prueba para una vocación!

El Castellón de mi tiempo -y en cierto modo todavía el de ahora- era una capital rural, pequeña y tranquila, en la que dominaban los intereses del campo, con una burguesía también pequeña y muy ruralizada, poco o nada preocupada por los intereses de la cultura. Era el tiempo de «la panderola», de los palomares en los terrados de las casas, y de las tartanitas en las que la clase media del pueblo se trasladaba a los «masets» innumerables, esparcidos por los contornos. Casi todo el mundo tenía su «maset», su casita de campo, a veces minúsculas aunque siempre muy adornada con requilorios decorativos de una cierta gracia que satisfacían a precio muy módico los gustos barrocos de las gentes del país. Aquel ambiente no dejaba de resultar grato, y adquiere en mi recuerdo un encanto especial cuando se le compara con el Castellón actual, donde el paisaje urbano ha sido brutalmente atropellado -como en tantas otras ciudades y lugares de España- por una arquitectura de tamaño desahogado e injustificable que asfixia y deja enano a nuestro noble «campanar». Allí, entre la indiferencia general, Luis Revest supo sostener y animar al grupo de «raros» que consiguieron sacar a flote, por más o menos tiempo, la *Revista de Castellón, Artes y Letras* o *Ayer y Hoy*, en todas las cuales figura la colaboración del eminente castellonense. Pero más suya fue todavía la hazaña de la Sociedad Castellonense de Cultura, que ahora va a cumplir el medio siglo de existencia, y que ha mantenido con tesón un Boletín de muy cuidada edición y de gran interés erudito y literario. El *Boletín*, que es básicamente bilingüe -castellano-catalán- recibe también colaboraciones en otras lenguas romances y es como una lucecita de señales que en medio del campo castellonense -entretenido en sus ocupaciones ordinarias- emite y capta mensajes al y del planeta de la cultura que no es particular de ningún sitio.

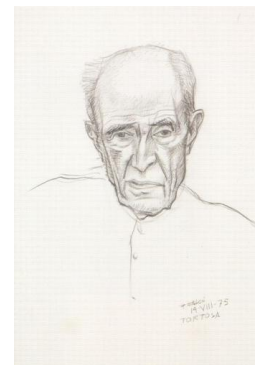
De esta Sociedad cultural, meritoria y abnegada, fue Luis Revest secretario desde su fundación, y en su seno encontró calor para continuar sus trabajos de crítica histórica y documental, sus ensayos sobre el idioma, sus traducciones de los clásicos

latinos y para seguir, en fin, ejerciendo su fino magisterio. Mientras falsos personajes - lanzados al espacio político como «sputniks» de papel- ignoran con petulancia pueblerina estos valores, el buen pueblo castellanense los llama «els sabuts» con un tono mezclado de distanciamiento irónico y de instintivo respeto. Ello expresa bien hasta qué punto en torno a los «sabuts» se ha extendido durante años y años un desierto de indiferencia o de extrañeza. Y, sin embargo, Castellón deberá a los «sabuts» y al más perseverante de ellos, al llorado Luis Revest, una parte considerable de su identidad como pueblo; porque mientras los especuladores iban arruinando con horrible grandilocuencia su fisonomía física, ellos, los «sabuts», iban descubriendo, perfilando, fijando, limpiando y dando esplendor- como reza el lema académico- el pasado, la lengua, la psicología y hasta la tecnología que debía mantener inconfundible su realidad a través de los tiempos.

(*Boletín Castellonense de Cultura*, tomo XLVI, vol. I, 1970.)

MISCEL-LÀNIA MANYÀ SU DESCANSO ERA EL TRABAJO

Las verdades que él me enseñó me han servido siempre y siento que mi relación frecuente, confiada, con él empezara tarde, allá por los años cincuenta. Antes, en mi adolescencia, o en mi niñez él era ya un joven que terminaba sus estudios en el Seminario, y en el pueblo -Gandesa- se le llamaba el «savi», con un tono mezclado de distanciamiento y de instintivo respeto.



Muchos años después de terminada la guerra se estableció entre nosotros dos una relación de muy afectuosa amistad en la que me edificaba con su fe, me admiraba la fe ingenua y sencilla de aquel hombre de tantas lecturas y tanto saber.

Su devoción a la Virgen de la Font-Calada se manifestaba muchas veces unida a su amor por su tierra, y luchó con perseverancia por conseguir un tramo de carretera desde la Estación de Prat de Comte al Santuario, lo que ofrecería un interés no sólo religioso sino también social, como él decía, porque allí van gentes de la antigua Castellanía, del valle de Tortosa y del Bajo Aragón con sus enfermos, entre dificultades que sólo una fe sincera puede superar.

Su laboriosidad intelectual, su modestia, su humildad, su bienhechora capacidad de compañía fueron, especialmente en determinados momentos, gran ayuda en mi vida.

Las dificultades, los obstáculos que, durante años, sistemáticamente y con criterios anquilosados, se opusieron a la publicación de su libro *Les meves confessions*

le causaron gran dolor, pero él ni siquiera en carta privada despotricaba conmigo al comentarlo, y lo sufrió con dignidad y con humildad.

El bien mayor para mí fue el de su gran compañía moral llena de ternura, ocupándose con más interés que yo mismo de cosas muy queridas de mi familia.

Su laboriosidad fue ejemplo para mí en horas de decaimiento y frustración, en momentos en los que la inclinación natural de uno estaba en abandonarlo todo. Él, frente a incomprensiones y adversidades, se elevaba con su gran tarea intelectual, continuando su obra con seriedad y con cariño sabiendo que sólo en las manos de Dios estaba ponerle término. Tenía ya 80 años y su descanso era el trabajo.

Al recordarlo en estas breves líneas digamos con el poeta que, si su vida murió, nos dejó hartos de consuelo su memoria.

DATOS BIOGRÁFICOS DEL PADRE MANYÀ

Don **Juan Bautista Manyà i Alcoverro** nació en Gandesa (Tarragona) el 30 de octubre de 1884.

A los once años (setiembre de 1895) ingresa en el seminario de Tortosa.

El 23 de octubre de 1906 ingresa como alumno interno en el colegio de San José, de Roma. En la Universidad Gregoriana estudia Teología dogmática y Moral durante tres cursos.

El 23 de junio de 1909 supera el examen de licenciatura y alcanza el título de doctor en la Academia de Santo Tomás con la calificación de *cum laude*.

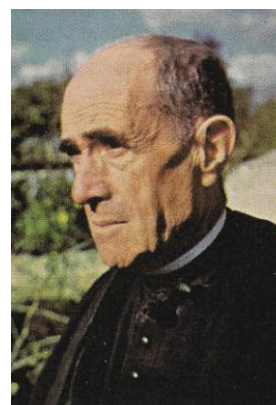
El 18 de julio de 1909 es ordenado presbítero, en Roma, por el cardenal español Merry del Val.

El 1 de agosto canta su primera misa en su pueblo natal: Gandesa.

En setiembre de 1909 es nombrado profesor de Teología del Seminario Diocesano de Tortosa.

En 1918 es nombrado canónigo magistral de la seo tortosina.

1925-1936. Manyà no tiene ocupación en el Seminario Diocesano. Pero se recluye en casa y escribe artículos que constituyen su pensamiento teológico y pedagógico y envía a las revistas catalanas *Perseverància*, *Analecta Sacra Tarraconensia*, *La Paraula Cristiana*, *Criterio*, *El Bon Pastor*, *Publicacions de la*



Fundació Bíblica Catalana. Y prepara *El pensament i la imatge* y *El talent. I*, publicados en 1935 y 1936, respectivamente.

1932-1936. Es la época dorada del movimiento «fejocista» en Tortosa. Al Carrer dels Calvins acuden cada noche un buen grupo de chicos y chicas. Un total de ciento cincuenta eran los seguidores de Manyà i Bellpuig, que «feien Església en català». Los «fejocistas» tortosinos y su consiliario Manyà escribían en el diario local, órgano de la Lliga, titulado *Ara*.

El 6 de agosto de 1936 escribe una especie de manifiesto personal y oración bajo el signo de la persecución religiosa.

15 de agosto de 1936. Salen de Tortosa él y Bellpuig, reclamados desde Barcelona por la Generalitat. Es un ardid diplomático para escapar del infierno de la FAI.

Noviembre de 1936. Muere fusilado, como un mártir, en Barcelona, mosén Tomás Bellpuig, el amigo íntimo y predilecto.

1940-1960. Profesor de religión en el Instituto Nacional de Bachillerato de Tortosa.

8 de octubre de 1976. Los obispos de la Tarraconense, en una de sus reglamentarias reuniones, acuerdan reconocer «la seva fecunda tasca teològica i la seva constant actitud de fidel servei sacerdotal a l'Església».

22 de diciembre de 1976. Muere a la edad de 92 años.

Entre sus muchos libros, citamos especialmente:

Les meves confessions.

Notes de Teologia eucarística.

La crisis teològica.

Per una nova Teologia?

El Talmut. Estudi psicològic.

La teología de Unamuno.

Notes d'Història de Gandesa.

La Fontcalda. Notes històriques, folklòriques, teològiques i líriques.